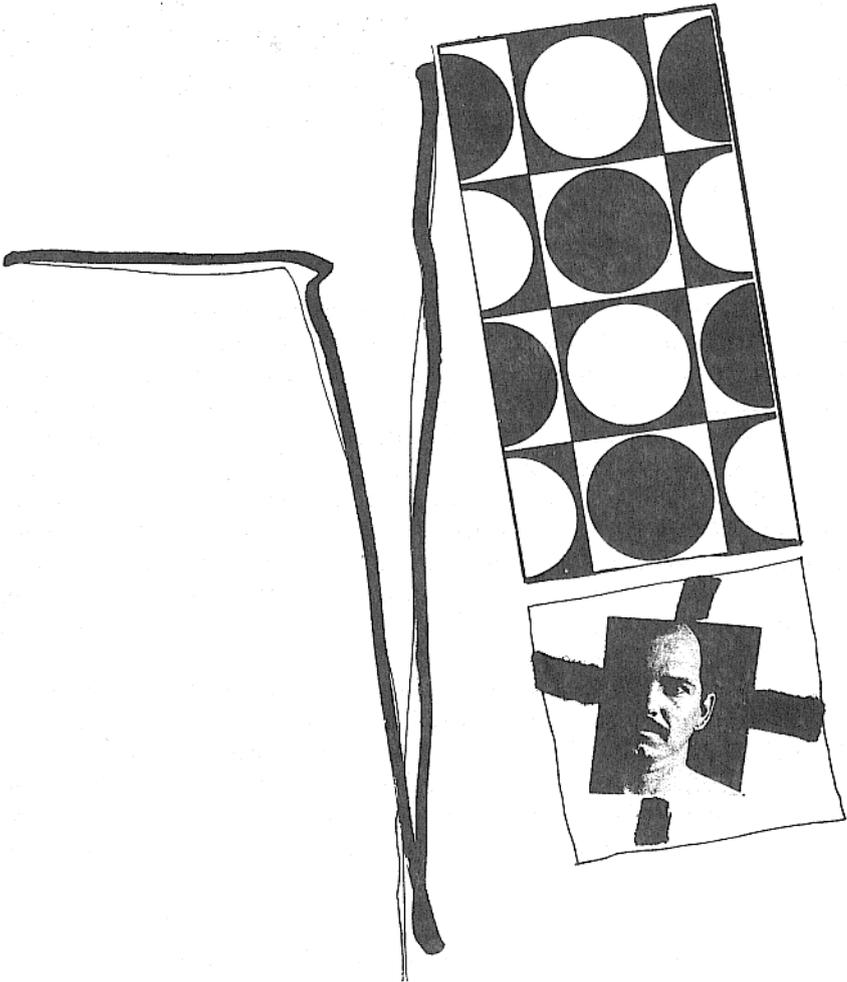


**LA INVASION SILENCIOSA: IDENTIDAD NACIONAL Y CLASE OBRERA EN MEXICO**

**ADOLFO GILLY**



## LA INVASION SILENCIOSA: IDENTIDAD NACIONAL Y CLASE OBRERA EN MEXICO

*Adolfo Gilby\**

Como el resto de los países de América Latina, en México la historia de la formación de la nación moderna ha estado ligada a las sucesivas etapas de la expansión del capital central (Europa, luego Estados Unidos) y a la conformación del espacio económico nacional de la burguesía local, bajo aquella fundamental determinación internacional. Bajo la doble exigencia de esas necesidades económicas y de la lucha de clases, forma específica de la vida social de las naciones, la antigua cultura nacional proveniente de la turbulenta y prolongada fusión de la Conquista y la Colonia ha ido siendo reprocesada en esas sucesivas etapas, incorporando nuevos elementos a un tronco central cuya identidad sigue siendo elemento constante y determinante dentro de la definición de la nación. Si el desarrollo capitalista agregó al lenguaje las voces de la técnica, la industria, las nuevas ramas de la ciencia, la lucha social le incorporó los vocablos de la revolución, del sindicato, del ejido, de la organización de masas. Todo eso terminó enriqueciendo, ciertamente a través de conflictos, amenazas y pérdidas relativas, aquella identidad cultural de fondo. Hoy está cuestionada por peligros comparables a los de la etapa más terrible, la de 1847, que se presentaban bajo una forma más sutil pero no menos amenazadora que los que entonces partieron en dos a la nación.

---

\* *Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, División de Estudios de Posgrado —U.N.A.M.*

Cuatro grandes períodos pueden distinguirse, a grandes rasgos, en esta formación del México moderno: El primero (1847—1870) se abre con un desgarramiento inicial de la nación: la pérdida de la mitad de su primitivo territorio en la guerra de 1847. Es la fase de la conformación de la burguesía juarista, la revolución liberal, la Reforma, la guerra de intervención. Bajo el impacto de 1847 primero, de la Reforma y la invasión francesa después, el sobresalto nacional es poderosísimo. El país realmente se constituye —dicta su Constitución liberal en 1857—, reconoce y se apropia de su identidad, concede legitimidad a una clase dirigente, afirma una cultura propia enriquecida en la guerra contra el extranjero y sus aliados. Son años fulgurantes, desde una derrota abismal hasta la expulsión victoriosa de un ejército invasor y la ejecución de un emperador extranjero que marcan para siempre la figura de la nación y dan, en el liberalismo juarista, la matriz primigenia —no única— de todos los radicalismos posteriores de la historia mexicana. (En esos mismos años, al otro lado de la nueva frontera norte, el Río Bravo, Estados Unidos está completando la conquista de su espacio territorial y su unificación nacional bajo la burguesía norteaña con el desenlace de la Guerra de Secesión).

El segundo período (1870-1910) es el de la estructuración de las bases del moderno desarrollo capitalista del país, estrechamente ligadas sobre todo a partir de 1880—1890 a la nueva fase de expansión mundial del capital central, tanto europeo como estadounidense, cuyas inversiones y cuya técnica afluyen por oleadas al espacio económico delimitado por las fronteras mexicanas. En ese desarrollo, y como su expresión social más visible, se conforma la burguesía porfiriana, con la hacienda ligada al mercado capitalista como eje de la acumulación. Minería, red ferroviaria, después petróleo, quedan estructurados en gran parte por las necesidades y el dinamismo del capitalismo estadounidense, en la misma época en que éste completa su expansión por el Caribe y Centroamérica hasta cerrar el arco de sus reales fronteras nacionales con el canal de Panamá. Está cerrada la época de sus conquistas territoriales sobre México —aunque persistentes nostálgicos aún las sueñen— y al mismo tiempo la penetración cultural es relativa. La burguesía y el Estado porfirianos, herederos oligárquicos de los liberales, sienten la exigencia —indispensable para el desarrollo capitalista— de modernizar y organizar la cultura nacional. Pero, sin grandes movimientos nacionales ni fuertes entusiasmos populares, esos son decenios más bien de sistematización, asimilación del extranjero y difusión relativa de conocimientos, no de creación cultural realizada por el pueblo mexicano en la

experiencia de su vida y su participación social.

El tercer período (1910—1940) se abre con la gran explosión de la revolución mexicana y se cierra con las reformas cardenistas y el movimiento de masas que las apoya y las hace posibles. Una nueva burguesía surgida de la revolución se forma y se funde con los sólidos restos de la antigua, en medio de un proceso de intensa movilidad social. La irrupción de las masas en la revolución es también una irrupción cultural, que el nuevo Estado trata de canalizar en provecho de sus bases de sustentación y consenso con lo que se da en llamar una “política de masas”. La creación cultural arriba es impulsada y determinada por fortísimas corrientes de lucha social y de movilidad social desde abajo y por la aparición y la conformación de una nueva cultura política en la cual las organizaciones de masas (obreras y campesinas) subordinadas al Estado desempeñan un papel central. Con la burguesía que dirige este Estado debe negociar sus relaciones Estados Unidos, lanzado a su vez a partir de la primera Guerra Mundial a la conquista definitiva de su hegemonía mundial dentro del capitalismo, desplazando de su lugar privilegiado al imperialismo inglés y a los imperialismos europeos. Son también los años de la Gran Depresión (1929), del New Deal y del surgimiento del sindicalismo industrial de masas —automóvil, (UAW), mineros (UMW), C.I.O.— en Estados Unidos.

La revolución primero, las reformas cardenistas después, legitiman como dirección de la nación a la nueva burguesía “revolucionaria”. Su fracción triunfadora, la sonorenses, que trae consigo el pragmatismo capitalista del norte y gana en la lucha por el poder —no en el reparto de la influencia económica— a la burguesía regiomontana de más antigua cepa, debe finalmente mediar y fusionar sus métodos con la vieja cultura política del centro. Influye sobre ésta, pero sufre un proceso de “aculturación”, y del trasvasamiento general surgen las normas políticas y los modos culturales propios del llamado “sistema mexicano”, el peculiar modo de dominación de su Estado sobre las masas.

El cuarto período (1940—1980), es el de la prolongación y la estabilización de ese modo de dominación, el período de su “institucionalización”. La clase dirigente consolida sus bases económicas, fortalece y cierra sus filas y hace del nacionalismo institucional el eje de su cultura política. Digo nacionalismo institucional porque su sede y su portador es el Estado, no las movilizaciones de masas como en la etapa cardenista. Pero ese nacionalismo se mantiene como un vehículo de comunicación entre Estado y masas, un punto de encuentro de intereses comunes en la defensa del espacio nacional.

Como en los tres períodos anteriores, la pequeñoburguesía intelectual en su sentido más amplio, portadora por convicción y por excelencia de la ideología nacionalista, es un sincero —a veces entusiasta, a veces no— instrumento de ese encuentro y esa legitimación. (En realidad, podría comprobarse que el final de cada período coincide con una forma específica de crisis de esa función de la pequeñoburguesía: cuando se pasa de la revolución a la estabilización, ella va siendo subordinada y domesticada cuando se pasa de ésta a una nueva inestabilidad, ella insurge y reclama otra vez un lugar en el primer plano de la escena).

En este cuarto período crece en el interior del sistema, con sólidas bases en el desarrollo económico, un nuevo bloque de poder que se apoya en el surgimiento de un fuerte capital financiero nacional y una burguesía agroexportadora, ambos articulados económica y políticamente con el crecimiento de las inversiones y la influencia de las multinacionales, especialmente estadounidenses, en la economía mexicana. Este es al mismo tiempo el período de expansión mundial del capitalismo posterior a la segunda guerra mundial y de consolidación de la hegemonía indiscutida del imperialismo estadounidense. Bajo ese amparo cada vez más estrechamente asociado con él pero también bajo la cobertura protectora de la ideología nacionalista del Estado, el capital financiero mexicano y su nuevo bloque de poder han ido ganando su actual estatura política.

Mientras aquella hegemonía mundial del capital estadounidense entra en una crisis específica en los años 70, también el modo de dominación del Estado mexicano conoce su propia crisis; por un lado por la insurgencia democrática de la pequeñoburguesía en 1968 y años siguientes, por el otro por la postulación cada vez más firme de su propia candidatura a la hegemonía dentro del Estado por parte del nuevo bloque de poder. México vive bajo una forma peculiar la turbulencia y el "gran desorden" de los años 70. La cultura política del nacionalismo institucionalizado sufre un doble asalto y va vaciándose de contenido social.

Esto apunta claramente hacia una nueva crisis, también cultural. El nuevo bloque de poder crecido en la estabilización es profundamente conservador. Ha madurado y se ha hecho soberbio e insolente frente al propio país del mismo modo, y en un lapso de años aproximadamente igual, como recorrió su camino la burguesía porfiriana, ésta a partir de la revolución liberal y el juarismo, aquél a partir de la revolución mexicana y el cardenismo.

El nacionalismo, que pervive como doctrina de Estado y como ideología

del pacto social que somete a obreros, campesinos y trabajadores asalariados a la dirección nacional de la burguesía, no tiene sostén ni prolongación en las industrias y los sectores más dinámicos de la economía, completamente subordinados a la lógica de la asociación con el capital imperialista. Las bases materiales de esa ideología en la clase dominante —ideología que el Estado **no puede** abandonar (aunque la vaya dejando sin contenido) por precisas e inescapables determinaciones históricas, geográficas y sociales— han sido profundamente socavadas por ese tipo de desarrollo asociado de la economía. Surge entonces una abierta contradicción entre la ideología oficial y las formas que va tomando la cultura dominante. Uno de los terrenos en que ella se expresa es la contradicción entre la institución educativa en sus diversos niveles, aún formalmente adscrita a la tradición nacionalista, y esa otra formidable institución cultural que son los medios de comunicación de masas, y en especial la televisión militante adscrita a una ideología desnacionalizante a ultranza.

Esta crisis se ensambla con profundos cambios en curso en la política de Estados Unidos y en su economía, cuya expresión son los planes y las doctrinas del gobierno Reagan.

## 2.

Estados Unidos vive una transformación de su aparato productivo destinada a tener repercusión directa en México. Esa transformación abarca las industrias de punta (electrónica, aeroespacial, química, industrias bélicas) y aquella que sigue siendo el eje de ese aparato a escala nacional y para el consumo interno, el automóvil. Característica de esta transformación son la creciente internacionalización de los procesos productivos y la aceleradamente creciente introducción de robots, la automatización, la incorporación en masa de la electrónica al diseño y al control del proceso productivo, incluidas sus fases bancarias y comercial.

Esta reconversión, eje de los planes y las prioridades del gobierno de Reagan, tiene un objetivo declarado: derrotar la competencia japonesa, y en segundo lugar europea, tanto en el mercado mundial como en el de Estados Unidos. Tiene además, un objetivo no declarado, pero tampoco oculto y en cierto modo prioritario para el Estado: modernizar todo el aparato productivo para sostener la más sofisticada y poderosa industria de guerra. Esta transformación es el trasfondo material que sostiene la decisión de fabricar la bomba de neutrones.

En esta combinación entre las necesidades competitivas del capital en el

mercado y las necesidades militares del Estado, el mercado constituye un estimulante flexible para la modernización que adecúa el aparato productivo a las exigencias de una industria de guerra capaz de sostener el enfrentamiento en los avanzadísimos terrenos donde éste tiene lugar con la industria soviética. A su vez, esta industria de guerra da un mercado seguro y casi ilimitado a las ramas de punta de la economía y derrama sobre el resto del aparato productivo tantos los subproductos como las exigencias del progreso técnico en el cual, como siempre, la punta más avanzada está determinada por las exigencias de la guerra.

La industria del automóvil, que forma a un importante sector de la clase obrera y de los técnicos y generaliza los progresos tecnológicos a nivel de las industrias de producción de masa, es en cierto modo el eslabón natural entre éstas y la industria estrictamente bélica, estableciendo así una continuidad necesaria en la estructura de todo el aparato productivo entre las industrias de bienes de consumo y las de bienes de capital, entre el sector de la economía que produce para el mercado (de consumo o de bienes de capital) y el que produce para el mercado específico constituido por las órdenes de compra del Estado para el aparato militar.

Por eso, esa industria presenta un caso característico e ilustrativo del proceso de reconversión. Está siendo modernizada, con el apoyo del Estado, realizando inversiones sin precedentes para una reconversión total de sus modelos, de modo que puedan competir con los compactos japoneses y ganar espacio nuevamente en el mercado europeo. Pero también es, tal vez, el más extenso terreno de prueba y de implantación generalizada de las nuevas tecnologías (robots, máquinas con control electrónico, computadoras) para el conjunto del aparato productivo. Es también uno de los terrenos más avanzados en la internacionalización de los procesos productivos, ahora con la fabricación del "auto mundial", cuyas diversas partes componentes son producidas en plantas instaladas en alrededor de una decena de países, por empresas gigantes como la General Motors y la Ford.

Internacionalización de la producción y nuevas tecnologías (que ahorran mano de obra) significan el desplazamiento de un sector de la actual clase obrera hacia la desocupación (el ejército industrial de reserva) y la modificación de la calificación —el oficio, los conocimientos técnicos— de otro sector para responder a las nuevas necesidades de la industria y a sus previsibles exigencias en caso de guerra. La decadencia y la obsolescencia amenaza a la estructura actual de centros industriales como Detroit, donde el sindicato es fuerte, mientras nuevos polos industriales han crecido en los

últimos diez años en el sur, donde la organización sindical es débil y sin tradiciones arraigadas.

La clase obrera estadounidense resistirá o tratará de poner condiciones a esta reconversión capitalista que la afecta directamente en sus salarios, sus niveles de vida y de ocupación y su organización. En los sindicatos más sólidos y con mayor tradición de lucha, como el automóvil y los mineros (fortalecidos por el nuevo auge del carbón), esa resistencia se está discutiendo y está buscando un programa en el cual expresarse. Por eso la dureza del ataque reciente de Reagan contra los controladores aéreos es la preparación de batallas futuras a través de escaramuzas iniciales como ésta; y el apoyo de la AFL—CIO a los controladores aéreos es la comprobación de que también los grandes aparatos sindicales se sienten amenazados. El Día de la Solidaridad, que el 19 de septiembre pasado reunió en Washington 300,000 manifestantes convocados por centrales obreras para protestar contra la política de austeridad de Reagan, es un índice elocuente de este curso y de la respuesta que suscita.

Los trabajadores asalariados de Estados Unidos y la política de austeridad y de guerra del gobierno de Reagan han entrado, ambos, en ruta de colisión. De los plazos y los modos en que esa colisión tenga lugar, y de las correcciones de ruta por una u otra parte que la posterguen, la amortigüen o la aceleren, puede decirse que depende buena parte de los acontecimientos de la política internacional en los próximos años.

### 3.

El país más inmediatamente afectado por la lógica y los efectos inmediatos de este curso está siendo México, y lo será mucho más en el futuro. Una invasión silenciosa, mucho menos visible que la de 1847 pero más insidiosa, porque no busca arrebatar territorio sino paralizar el corazón independiente de la nación, está teniendo lugar. Lo que ha comenzado a operarse no es ya sólo el crecimiento cuantitativo de las tradicionales inversiones extranjeras y su entrelazamiento con el capital mexicano, la profusa penetración de las empresas multinacionales que explotan la mano de obra y extraen las riquezas mexicanas llevando las ganancias a su país de origen. Es algo más grave: es la tendencia a la incorporación del territorio mexicano al **espacio geográfico productivo y militar** de Estados Unidos. Una de las expresiones más claras de esta tendencia, a nivel de propuesta política, es el proyecto de Mercado Común Norteamericano (Estados Unidos—Canadá—México) adoptado ya oficialmente como política del gobierno Reagan.

Esta política no es la misma, aunque converja con ella, que la que Estados Unidos lleva adelante en relación con Centroamérica y el Caribe. En este caso, trata de recuperar —o evitar la pérdida total de— un espacio donde se ejerció tradicionalmente su dominación económica política y militar, una especie de “mar interno” que por el canal de Panamá une las dos costas oceánicas de Estados Unidos. El menor nivel de desarrollo industrial y capitalista (también en términos de la conformación de clases y de la constitución de una clase burguesa nacional consolidada) facilita ese tipo de dominación y dificulta o desalienta la idea de una integración, que por otra parte requiere como condición —no indispensable, pero sí deseable— la existencia de un “continuum” de territorio. En el caso de México, por las mismas razones invertidas (desarrollo capitalista e industrial, fuerte clase burguesa con tradición nacional al frente de la nación), aquel tipo de dominación ha sido imposible. En cambio, a partir de cierto nivel, puede plantearse la idea de una integración económica, en un aparato productivo mucho más afín y directamente complementario (como se han desarrollado a través del último siglo, incluso en la cuestión de la migración de mano de obra mexicana indispensable para Estados Unidos), integración que salvaguarde la independencia política formal pero arrastre definitivamente a México como asociado menor y subordinado en la política mundial de Estados Unidos y como parte de su gran plataforma continental, productiva y militar, que se extiende desde Alaska hasta el canal de Panamá y se contrapone planetariamente a la plataforma de la Unión Soviética y de su “continuum” territorial de aliados subordinados.

Esto implica necesariamente, como consecuencia y como condición; cualquiera sea la forma bajo la cual se encubra, una desnacionalización de México también en el plano cultural.

Nuevamente, las fábricas de automóviles pueden servir de ejemplo para ilustrar el estado actual de esta política. Los capitales alemanes en la Volkswagen, digamos, pertenecen a aquel tipo tradicional de inversiones cuyo objetivo es la ganancia. Pero la fábrica Volkswagen de Puebla no forma parte del espacio productivo demarcado por las fronteras alemanas, como no lo forma del espacio estadounidense la fábrica modernísima que la General Motors está terminando en España: ambas explotan fuerza de trabajo local y ocupan mercado nacional para producir ganancias a sus matrices, en una forma clásica de exportación de capitales.

A ese mismo tipo de inversión correspondían la vieja General Motors o la Ford de la ciudad de México, ensambladoras muy retrasadas con respecto a la

tecnología de sus casas matrices. Otra cosa son, sin embargo, las nuevas plantas que se están estableciendo en el norte de México: General Motors y Chrysler (ya inaugurada) en Ramos Arizpe, Coahuila, Ford en Saltillo, Coahuila. La tecnología de estas fábricas es similar a la más moderna de sus matrices estadounidenses y su producción estará destinada, en su mayor parte, al mercado del país del norte. Con esto las empresas cubren las cuotas de exportación fijadas por las reglamentaciones mexicanas, pero además —mucho más importante para ellas— incorporan un potencial productivo fuera del control del sindicato del automóvil de Estados Unidos. Dicho potencial, al producir para aquel mercado, debilita la capacidad de resistencia y de negociación de los obreros estadounidenses frente a la ofensiva del capital que la transformación en marcha en su industria significa. Detroit, capital del automóvil y fortaleza de su sindicato, pierde fuerza y deja un amplio flanco descubierto frente a este ataque que fortalece la capacidad de maniobra del capital.

Dice al respecto Harley Shaiken, experto del M.I.T. y asesor técnico de U.A.W. (sindicato del automóvil), en un artículo publicado en *The Nation* en octubre del 1980:

“La tendencia hacia fuentes extranjeras (**foreign ‘sourcing’**), como se le conoce en la industria, se ve en la construcción de fábricas de motores en México. General Motors está construyendo una planta capaz de producir 500,000 motores de seis cilindros por año; Chrysler está duplicando la capacidad anual de su fábrica, aún no terminada, hasta 440,000 unidades: Ford está construyendo una fábrica que producirá inicialmente 500,000 motores o más; y Volkswagen ha cancelado planes para una fábrica de motores en Estados Unidos a cambio de una expansión de 300,000 unidades de su actual fábrica mexicana. El mercado mexicano del automóvil, aunque crece rápidamente, no se espera que supere los 500,000 automóviles anuales en 1985, dejando así una buena parte de estos 1,700,000 motores para exportación a Estados Unidos”.

Ya no se trata de “maquila” ni de “Zonas francas” fronterizas, sino de la incorporación virtual de grandes y modernas fábricas del norte de México al aparato productivo de Estados Unidos, siendo al mismo tiempo no un “enclave” sino parte integrante del aparato productivo de México. Esto es tal vez menos espectacular pero igualmente grave que la subordinación de la producción petrolera. Sería irresponsablemente ingenuo creer que no existen planes en el Pentágono para que, en caso de guerra, tropas y medios bélicos estadounidenses ocupen y defiendan esas industrias —y las que

vendrán—contra cualquier amenaza a su integración en la maquinaria industrial bélica de Estados Unidos. La misma lógica indica que esas instalaciones se convierten automáticamente en blanco potencial de los cohetes intercontinentales soviéticos que, como fue regla universal en la segunda guerra mundial, no serán propensos a respetar neutralidades ni fronteras nacionales cuando entre en juego la necesidad de causar el mayor daño posible al enemigo.

La continuación de este curso implica, por un lado, una ofensiva de fondo, desde sus mismas bases económicas, contra la independencia nacional mexicana, aunque no se violaran sus formas políticas; por el otro, el riesgo cierto de arrastrar al país a la lógica infernal de los conflictos intercontinentales entre superpotencias, sin consultar la voluntad ni respetar las decisiones de los gobiernos o el pueblo mexicano.

#### 4.

Aquí la burguesía mexicana, clase dirigente de la nación en los cuatro períodos previos que hemos esbozado más arriba, entra en un conflicto de intereses y de perspectivas. Históricamente su **nacionalismo**, frente a la oligarquía aristocratizante y al localismo campesino, se ha basado en el desarrollo industrial y la formación y control de un mercado nacional propio. Nada tiene que ver con las ideologías propias de las burguesías “compradoras” de países coloniales, subordinadas a los terratenientes e intermediarias entre el imperialismo y el mercado local.

La burguesía nacional mexicana desplazó del poder, más temprano que cualquier otra en América Latina y por medios revolucionarios, a la oligarquía terrateniente. En buena parte se formó desde el Estado y por el Estado. Su vía de desarrollo capitalista la va asociando cada vez más estrechamente, en especial en los últimos cuarenta años, a la expansión del capitalismo estadounidense. Esta relación “privilegiada” puede expresarse en múltiples inversiones y **joint ventures** donde se entrelazan los capitales financieros mexicano y estadounidense en el país, en la industria manufacturera (en sus ramas más dinámicas), la minería, los servicios y la agroindustria. Del total de la inversión extranjera en México, el 80% es capital estadounidense; con Estados Unidos se realiza el 83% del comercio exterior mexicano.

No de ningún “destino manifiesto”, sino de la combinación entre la prolongación indefinida y creciente de esta asociación con la transformación en curso en la economía de Estados Unidos, surge la lógica de la

propuesta del Mercado Común Norteamericano. Sin avanzar hacia esa forma de integración, la asociación tropieza con un límite no inherente a su lógica económica y entra en crisis; si se avanza en ella, lo que entra en crisis es el nacionalismo del Estado Mexicano y su función como ideología del pacto social y del consenso a la dirección burguesa de la nación.

La burguesía misma, en sus sectores más dinámicos y decisivos, los que integran el nuevo bloque de poder, entra en esta contradicción: sus intereses de acumulación de capital exigen la integración en el Mercado Común o en formas equivalentes; su existencia nacional como clase dirigente —sin la cual carecería de bases jurídico-sociales su existencia económica— sería puesta en cuestión por esa integración.

Esta dicotomía tiene múltiples expresiones, algunas más maduras, otras más embrionarias. Tal vez una de las más acabadas, precisamente por su aparente distancia con la base material de la producción, aparece en el terreno cultural en la peculiar abdicación del Estado nacionalista mexicano frente a la ofensiva desnacionalizante de los medios de comunicación de masas, esa verdadera escuela de masas de nuestros días que se sobrepone y deja cada vez más en plano subordinado al sistema educativo del Estado en la formación ideológica efectiva de la mayoría de la población. Ni el Estado británico, ni el italiano, ni el francés dejan a la empresa privada (es decir, a una fracción del capital), ni mucho menos a la empresa portadora de una ideología extranjera y desnacionalizante, semejante control casi monopólico de esos medios de comunicación, de desinformación y de deformación de masas.

Esa contradicción impide férreamente que a nivel de la economía el sector dominante del capital mexicano pueda formular un nuevo proyecto nacional, mucho menos en época de crisis mundial capitalista, porque va directamente contra la forma que han adquirido sus posibilidades y necesidades de acumulación: el eje de la acumulación capitalista mexicana pasa por la asociación con el capital estadounidense, y la culminación natural de esa asociación son formas superiores de integración. Por otra parte, el desarrollo mismo alcanzado por la economía capitalista mexicana impide del mismo modo inexorable articular un proyecto de acumulación alternativo, nacional, en torno al sector subordinado del capital desplazado por el crecimiento operado entre 1940-1980 o reciclado en el nuevo capital financiero en ese mismo período de desarrollo capitalista.

Esto implica, a su vez una contradicción de fondo al nivel de la política nacional. En cada período anterior, en el tipo específico de desarrollo

económico se afirmó una fracción de la burguesía que tomaba, por su interés específico, la bandera de la nación y con ella cierta forma de legitimidad y consenso. En el nuevo período se abre una **crisis de sucesión**: la nueva fracción dominante del capital sostiene formalmente esa bandera a través del Estado, pero la lógica de sus intereses la lleva a desteñirla y a arriarla en los días laborables, dejándola en alto sólo para las fiestas patrias y otras efemérides.

Sectores provenientes del antiguo nacionalismo revolucionario o que se consideran sus herederos políticos denuncian esta desnacionalización, más la desigualdad ilimitada de la sociedad mexicana, como una de las dos mayores amenazas contra el país. Su propuesta, empero, es una actualización a través del Estado de la política nacional de la etapa cardenista. Pero el problema central reside en que no existe fuerza social burguesa y fracción económica del capital que pueda constituirse en soporte de ese proyecto dentro de las clases dominantes en el Estado. Por otro lado, la clase obrera y los asalariados no sólo no son clase dominante, es decir no tienen expresión política a través de este Estado, sino que están subordinados a él, y a través de él a su ideología burguesa, por intermedio de sus organizaciones sindicales de masas que por ley tiene una estructura semicorporativa que las convierte en soporte del Estado.

En el personal político del Estado, por tradición, por formación y aun por inercia autoconservativa, hay gente que intenta resistir a este asalto contra la nación encabezado por el capital financiero y sus representantes económicos y políticos. Esa resistencia es débil, fragmentaria, cede posición tras posición y está condenada al fracaso porque carece de soporte material en la estructura de clases básica del país. Ese soporte no lo constituye la burguesía mexicana, por las razones ya analizadas. Tampoco lo constituyen la clase obrera y los asalariados, porque ello sólo sería posible a través de su movilización masiva, con sus propias formas de organización, en defensa de los intereses nacionales, movilización que exige su independencia del Estado —y éste, por lo tanto, jamás la promovería— y que por otro lado no puede tener otro punto de partida que su enfrentamiento con el capital nacional asociado al imperialista en defensa de sus propios intereses de clase, a lo cual se opone radicalmente toda la estructura, la lógica y la política de ese Estado.

El interés nacional, el destino de la nación, ha dejado de estar unido en lo esencial —no en lo contingente— al interés de su burguesía. Interés y destino no por ello se disuelven: quedan asociados al interés de los antagonistas de

esa burguesía, los asalariados y sus aliados sociales.

Pero aquí se presenta otra dificultad. La ideología nacional ha sido tradicionalmente el eslabón, el puente de unión, el vehículo transmisor de la hegemonía burguesa sobre la nación y sus clases dominadas. Por ello mismo, ha sido la ideología que se ha opuesto a la **lucha de clases** en nombre del **interés nacional** y de la **lucha nacional**. La clase obrera sólo puede constituirse como clase independiente de la burguesía, y enfrentarse programáticamente a ésta, en la lucha de clases. De este modo, el proletariado sólo puede asumir el interés nacional y el destino de la nación a través de la lucha de clases contra el capital nacional y extranjero asociados. Por eso su ideología nacional no puede ser una simple asunción de las viejas tradiciones de lucha nacional encabezada por distintas fracciones hegemónicas de la burguesía sino que debe expresarse sobre todo en una nueva ideología nacional y de clase propia, que rescate el contenido popular de aquellas tradiciones pero invierta su significado, para que deje de ser una legitimación de la alianza con las direcciones burguesas y se convierta en una legitimación de la iniciativa, la independencia y la capacidad de organización autónoma de los trabajadores. En México, la lucha por el socialismo —ésto es, en otras palabras, el programa de la clase obrera que al aspirar al poder del Estado se postula como dirigente de la nación oprimida— tiene esas raíces. En ellas se finca, al mismo tiempo, la posibilidad de organizar la ruptura con la ideología nacional-burguesa y con sus expresiones políticas sin abandonar a éstas la bandera de la nación.

Cada clase comienza la asunción del destino de la nación a partir de sus propios intereses: la burguesía, por el control del mercado, incluido el mercado de la fuerza de trabajo, el ámbito de la reproducción del capital nacional; el proletariado, por la defensa de sus intereses frente a la explotación del capital, en el lugar de trabajo, en la rama de industria, en el sindicato y en la sociedad. Son puntos de partida antagónicos, que implican puntos de llegada opuestos para el destino nacional. El de la burguesía desemboca en la desnacionalización, el de la clase obrera en el socialismo. La crisis actual contrapone ambos proyectos, aunque tal vez ninguno de ellos este delineado con perfecta nitidez en la conciencia social de ambos antagonistas.

Si el proletariado ha de asumir el destino de la nación a través de la defensa de su interés de clase, el requerimiento mayor para la supervivencia de la nación frente al asalto que está sufriendo es que ese interés de clase pueda organizar sus propios instrumentos de defensa fuera del control

político de la clase antagónica que se expresa a través del Estado. La independencia de los sindicatos frente al Estado es una condición esencial de ese requerimiento. La capa dirigente de esos sindicatos, sólidamente ramificada en la economía y en las instituciones, representa históricamente esa subordinación al Estado. Para romper esta subordinación, como en Polonia, hay que cambiar esa capa dirigente en su totalidad, tanto en sus personas como en sus métodos y su programa. Una nueva dirección que al asumir los intereses de la clase dé un nuevo soporte a la lucha nacional, también como en Polonia (o en Brasil) sólo puede venir de la movilización de los trabajadores allí donde ésta empieza, se organiza y se consolida: los lugares de trabajo. Esa movilización no puede sino comenzar por intereses inmediatos, a partir de los cuales crece hacia las consignas de clase y nacionales.

Este crecimiento implica una nueva expresión cultural. En cada período, la cultura nacional ha enriquecido el humus del cual se nutren sus manifestaciones, a través de la lucha social, esto es, de las movilizaciones en las cuales el pueblo vive, lucha por apropiarse de su existencia y de su destino. Esa lucha social toma hoy mucho más nítidamente que en cualquier período anterior de la historia mexicana la forma del antagonismo entre el capital y trabajo, que es también decir antagonismo entre capitales extranjero y nacional asociados, y trabajo organizado. Esa lucha es el soporte material que en la realidad social ya existe para la formación de una nueva expresión cultural, para la **recreación de la cultura nacional**, del mismo modo como ella fue recreada, asumiendo sus antiguas tradiciones y renovándolas, en el período de la revolución liberal y la reforma y en el período de la revolución mexicana. Pero esta vez esa recreación implica también un cambio de contenido de clase para preservar, precisamente, el contenido nacional que los intereses de la actual clase dirigente llevan a abandonar. Entonces, en ese contenido de clase la cultura política nacional incluirá no sólo la lucha contra la intervención francesa o la revolución mexicana y sus movimientos precursores, sino también la movilización obrera y popular por el petróleo, la resistencia a la imposición de los agentes del Estado en la dirección de los sindicatos en los años 40 y 50, la huelga de Nueva Rosita y su caravana sobre México, la huelga ferrocarrilera, el movimiento de 1968, la insurgencia obrera de los años 70 y la Tendencia Democrática, las incontables y dispersas luchas campesinas, la huelga solitaria y derrotada de los obreros de la General Motors que durante 100 días, en 1980, lucharon para que las nuevas plantas del norte fueran controladas por el antiguo sindicato

de la General Motors, condición a la cual se opusieron inflexiblemente la empresa y los agentes del Estado en el movimiento sindical, los "charros" sindicales.

Todo eso, es cierto, no contribuirá a conformar una cultura hasta que no supere la dispersión y no confluya en un gran movimiento nacional de la clase obrera y sus aliados, comparable a aquellos otros grandes movimientos nacionales del siglo pasado y del presente. Ese es el desafío para organizar la fuerza capaz de resistir el asalto contra la nación.

La resistencia nacional del 1847 encontró un inesperado aliado en las filas de los mismos asaltantes: el batallón irlandés San Patricio, que venía con las tropas invasoras, se pasó del lado de los mexicanos y compartió hasta el fin su lucha y su derrota. La resistencia de hoy tiene también un aliado potencial en uno de los componentes de la nación norteamericana, aquél cuyos intereses son antagónicos —aunque su ideología no lo sea— a los de la clase dominante: los obreros de Estados Unidos. La invasión silenciosa sobre México es también una ofensiva contra ellos, contra su organización, sus conquistas y sus posiciones en la sociedad.

Si, en efecto, los destinos de México y de Estados Unidos, están indisolublemente unidos por la geografía, la historia y la economía, también lo están los de sus clases obreras y asalariadas. La defensa de la identidad y la independencia nacionales de México tiene que encontrar y formular las condiciones de la alianza entre esas clases, condiciones diferentes y antagónicas a aquellas en que ya se ha operado la alianza y la confluencia entre los capitales financieros de ambos países. De lo contrario, este capital tratará de contraponer obreros mexicanos de Saltillo a obreros estadounidenses de Detroit, subordinando la acción inmediata de cada clase obrera a la ideología nacional burguesa respectiva y a su dominio del mercado de trabajo.

La recreación de la cultura nacional a partir de una nueva clase portadora, la clase obrera, implica incorporar a las expresiones definitorias de la cultura no sólo aquellas provenientes de las antiguas tradiciones de la tierra que la burguesía ha tomado de los campesinos para fundirlas en la ideología nacionalista, sino también las tradiciones obreras **nacionales e internacionales** y los conocimientos técnicos, materiales, culturales, propios de la experiencia de trabajo, de vida, de lucha, de organización de esa clase que se ha formado en el desarrollo y en la técnica de la industria moderna y de la gran industria. Esto no significa exaltar ningún "obrerismo" cultural o desembocar en él sino emprender la vasta y compleja tarea de dar un nuevo soporte social de clase a la cultura nacional, y con ello dar su entera

dimensión nacional —que no quiere decir un límite nacional— a la lucha de clase autónoma del proletariado mexicano, en cuya dimensión puede formarse y constituirse como clase dirigente de la reorganización socialista de la sociedad y, con ella, de la misma cultura nacional.

---

### ABSTRACT

The author divides the shaping of modern Mexico in four stages. The United States industrial and capital development is analyzed so as to examine its impact on the Mexican economy: it is not a problem of cheap labor exploitation and exportation of capital back to its original country, but of the incorporation of Mexico to the United States geographical productive and military space. Since there is an effective domination of the country's economy, it is no longer necessary to exert a direct political control. This creates a crisis for the Mexican State's nationalism and its function as an ideology of the social pact. The crisis becomes worse and extends to the cultural level when almost all control of mass media communications is left in the private hands of those who bear a denationalizing, misinforming and deforming ideology. Since "the axis of the Mexican capitalist accumulation goes through its association to the United States capital" the Mexican bourgeoisie is thus kept from creating a new national project. This being the "silent invasion".

The working class does not mobilize in defense of the national interests since its semi-corporative structure makes it legally dependent of the State. Nevertheless, this same working-class is the only one conceived as capable of rescuing the country through a strong national workers movement joined by its allies.

Recreation of the national cultures implies incorporation of the country's lores and traditions joined to national and international worker's traditions, as well as techniques, materials and cultural knowlege belonging to the working class experience, life, struggle and organization.